



En la Laboral se hizo una tarea educativa exquisita que no ha sido del todo valorada»

«Mi pasión ha sido la reivindicación de la asignatura de religión porque está en una situación casi de ilegalidad»

Eduardo Jiménez González
Profesor de Religión de la Laboral recién jubilado
A. RUBIERA

-Puedo decir que mi vida se ha desarrollado prácticamente en la escuela. A los 4 años empecé a clase con doña María, en la Foz de Morcín, y luego fui por los distintos pueblos donde destinaban a mi padre recorriendo los colegios. Nunca interrumpí la presencia en las aulas hasta ahora, que me jubilo a día 1 de enero. O sea, que llevo 61 años en la escuela, algo que para mí es una satisfacción enorme. Pero así y todo puedo decir que mi perfil, más que de profesor, es el de educador.

Eduardo Jiménez ha sido el profesor de religión de la Universidad Laboral durante los últimos 40 años. Este sacerdote asturiano ha compaginado la labor parroquial con la docencia, siempre en la enseñanza pública. Empezó dando clase a 480 alumnos y ahora lo deja con poco más de 80. De esas promociones, dice, han salido algunos de sus grandes amigos actuales. No se considera dogmático, ni adoctrinador y se revela contra quienes tildan de «catequistas» a los profesores de religión que pierden, con su jubilación, a un referente en sus reivindicaciones.

-¿Cómo llegó a la Universidad Laboral?

-Fue en 1970 y vine como educador acogido por los jesuitas.

Acababa de terminar mis cursos en el Seminario y decidí no ordenarme de inmediato. Mi rector, don Manuel, creía que yo era un hombre para la educación y me trajo a la Laboral en una época en la que había mil internos. Estuve dos años con los jesuitas, de ahí que muchos crean que yo también lo era. Luego, en 1972, fue cuando me hice sacerdote. Quería irme a Pesoz, voluntario, con otros dos compañeros, y el obispo, el mismo día de mi ordenación, me dijo que yo no podría ir. Tan contrariado me vio que me preguntó que otro destino quería, y le dije que cualquier cosa menos la enseñanza.

-¿Menos la enseñanza?

-Sí. Creo que era por modestia, no me sentía con capacidad intelectual para esa tarea. El obispo me dijo que lo tendría en cuenta, y bien sabe Dios que lo tuvo en cuenta... Soy creyente y he visto siempre en esta historia la mano de Dios, que quiso que yo fuera feliz y estuviera realizado. Fui a parar al Jovellanos y a la parroquia de San Pedro. Seguía colaborando en la Laboral y a la marcha de los jesuitas me trasladaron a allí de nuevo como profesor de religión; también me asignan la colaboración con el internado y la atención del servicio religioso de la capilla. Y allí estuve hasta ahora, con la excepción de que en julio de 2005 se suprimió el culto en la iglesia.

-¿Lamenta que ya no haya cultos en la iglesia de la Laboral?

-Ni sí, ni no. Lo que lamento es la forma en la que fuimos prácticamente apartados todos los que trabajábamos en la Laboral, no sólo en la iglesia. Sin ningún reconocimiento a nuestro trabajo, ni

valoración por tarea: la de las monjas, los jesuitas, los educadores, los profesores de talleres... No hubo nunca ningún detalle por parte de la Administración donde se reconociera una tarea que yo creo que fue exquisita.

-Le queda ese resquemor.

-Es algo normal que una administración decida cambiar de giro un lugar o un patrimonio. Lo entiendo. Pero no es normal que no se cuente con el factor humano. Para mí, que soy humanista, que no se valoren los gestos de los hombres y mujeres que trabajan en función de una sociedad, es molesto y me hiere.

-Y con el agravante de que muchos de los que estaban en la Laboral eran grandes defensores de ese centro educativo y sienten por él una gran querencia.

-Tremenda. El estilo del profesorado, de los educadores, de los administrativos, de las monjas... de dedicar horas y horas a aquello, que ciertamente yo creo que supieron inculcar los jesuitas, casi no lo he visto en ninguna parte. Es más, cuando yo llegué a la Laboral, no noté ninguna diferencia con el Seminario en la forma que había de trabajar con los niños, la exigencia en horarios, en formación y dedicación. Yo me encontré como en casa. Casi me parecía un noviciado. Pero en el buen sentido, ojo. Nada de represión ni todo eso que se quiso dar a entender cuando se empezó a potenciar la nueva idea de la Laboral.

-Hubo entonces expresiones, algunas artísticas, que supongo que le disgustarían.

-Hubo cosas fuera de tono y sin ningún sentido. Si se quiere molestar se puede hacer de otra manera, pero no ofender a quien ha trabajado con honestidad. Y en la Laboral mucha gente trabajó con enorme honestidad. Aquellas cadenas del taller que se colgaron como si hubiera habido allí presidiarios o el ejercicio de fisioterapia en el altar mayor de la Iglesia... no tenía ni pies ni cabeza, era una aberración.

-¿Qué le parece la Laboral actual?

-No niego el valor de esta nueva orientación que la Consejería le ha querido dar al centro. Me parece legítimo. Pero si económicamente nosotros hubiéramos tenido el dinero que hubo luego, hubiéramos hecho milagros. Los últimos años se nos negó en la Laboral casi, casi, hasta el presupuesto de calefacción. Eso no compagina mucho con el gasto que ahora se emplea. Tampoco me gusta que se falsee la historia.

-¿Por ejemplo?

-Una vez una de las chicas que enseñan la Laboral dijo en la iglesia que allí nunca había habido nada. Yo puedo certificar que en la Laboral, desde el año 1964 en que se ofició la primera boda, hubo 1.248 enlaces. Y yo tenía misa todos los domingos con los niños, y hubo un montón de celebraciones. Reinventar el pasado no tiene sentido. Cualquier sociedad que se quiera presentar dignamente a los ojos de los ciudadanos tiene que reconocer los valores positivos o negativos de la realidad anterior, y hacer un proyecto de futuro que enriquezca y mejore lo pasado.

-Vuelva a su etapa docente.

-Una etapa fabulosa. Llevo dando clase 39 años y tres meses. No he podido llegar a los 40; se ve que no quieren que me asemeje a un dictador. Lo cierto es que los profesores de religión hemos logrado tener un contrato laboral; el mío es indefinido, y por ley a los 65 años tienes que dar paso a una vida diferente y dejar que otras personas ocupen tu sitio con mucha dignidad. A mí, en concreto, me sustituye una chica.

-Vaya cambio.

-Tengo que decir que de los 280 profesores de religión que somos en la enseñanza pública asturiana, sólo 14 somos sacerdotes. En la Primaria hay mayoría de mujeres y en Secundaria el perfil es de personas casadas, con hijos... nada de catequistas.

-Eso les llaman algunos.

-Me niego a aceptarlo. El profesor de religión es una persona titulada o licenciada, y casi todos tienen una licenciatura civil y estudios teológicos de grado medio. Eso indica una preparación y una exigencia que se debe valorar.

-¿Se jubila con la espina de que la figura del profesor de religión aún no haya sido suficientemente reconocida?

-Esa defensa ha sido mi pasión. Desde que fui consciente, a los 3 o 4 años de dar clase, de la situación tan «ilegal» en que vivíamos los profesores de religión y la asignatura, me he volcado en reivindicar este tema. Siempre he sido hombre de la enseñanza pública y desde el primer momento me asocié a Aprece (Asociación Profesional de Profesores de Religión de Centros Estatales) y he trabajado con ellos hasta hoy. Eso me costó muchos disgustos con la Administración, con la propia Iglesia, con algunos compañeros que lo entendían de otra forma, pero creo que era de justicia llegar al reconocimiento legal y normal del profesor de religión como un docente más de la enseñanza.

-¿Qué aporta la religión a este currículo educativo?

-Contribuye a los conocimientos del Arte, la Historia, la Música; por otra parte, es una enseñanza donde se plantean la educación en valores de libertad, respeto, tolerancia, exigencia; y por último, se presta a englobar proyectos de todo el conjunto de la comunidad educativa.

-¿Cómo encajó usted Educación para la Ciudadanía?

-No me preocupa, pero sí me habría gustado que se valorara en el mismo grado nuestra aportación que la de esta nueva asignatura.

-¿Su última lucha en esta batalla de la asignatura?

-Me he metido en un follón porque he denunciado por ilegal la situación de la asignatura en el Bachillerato, donde se está discriminando a los alumnos al colocarla a última hora y sin alternativa para quienes no tengan esta clase. No descarto que tengamos que acabar en la vía judicial. Lo cierto es que lo poquito que hemos logrado siempre ha sido por vía judicial. En la actualidad el tema del profesorado está más o menos consolidado, con el reconocimiento incluso de la antigüedad y los trienios. En mi caso, por ejemplo, he tenido derecho a cobrar antigüedad después de 37 años de docencia. Pero aún queda por reivindicar el derecho de la asignatura. Porque, hoy por hoy, se contravienen los acuerdos Iglesia-Estado de 1979. En los acuerdos se dice claro que es una asignatura de dos horas y que estará considerada en igualdad de condiciones que las demás asignaturas comunes. Pero no es así.

-Si el incumplimiento es tan claro, ¿por qué la Conferencia Episcopal no arremete contra ello?

-Igual que en otras cosas los obispos sacan pecho, a tiempo y a destiempo, yo creo que en este tema tienen miedo a la polémica. Por eso nosotros, como Asociación, hemos tenido problemas también con ellos. Nuestras posturas de reivindicación no siempre son entendidas.

-¿Echa de menos no tener en su clase un crucifijo?

-No. Porque no lo tengo desde el año 80-81. Por eso, venir a hacer ahora una campaña contra algo que no existe me parece un absurdo.

-¿Cómo lo vivió en los 80?

-La viví con un poco de dolor porque los crucifijos se pueden retirar, pero no tirarlos a la basura. De hecho uno de los Cristos de hierro y metal que estaban en la basura lo tengo en mi despacho. Para mí la vida de la fe es mucho más que un crucifijo. Pero no entiendo que todo ofenda hasta esa manera.

-¿Se siente más acosado ahora por el laicismo que antes?

-Yo me he sentido casi siempre bien tratado, pero sí que es cierto que el cura no goza de mucha estima en la sociedad que, por lo general, es anticlerical. En el clero se desahoga la antirreligiosidad. Es lo más fácil. Pero yo creo que los curas tienen una categoría humana, una actitud ante la vida y ante sí mismo que en muchos casos impresiona.

-¿Qué espera del nuevo arzobispo?

-Yo sólo quiero que nos venga a orientar, que nos ayude y cuide de nosotros, sus hermanos. Me llama la atención que los últimos dos obispos que he tenido no tienen la trayectoria de niñez y adolescencia en el Seminario, como la mía y la de la mayoría de los curas asturianos de las parroquias, y por eso su visión de las cosas a veces es distinta de la mía. Eso no es bueno, ni malo, sólo distinto.